

Homilía de monseñor Juan José Asenjo, Arzobispo de Sevilla.

Domingo 30/09/18

Queridos hermanos y hermanas, comienzo mi homilía saludando fraternalmente al delegado diocesano de Hermandades y Cofradías, a los sacerdotes, directores espirituales de vuestras hermandades, al párroco de San Juan Pablo II de Montequinto, que va a ser la parroquia destinataria de este santísimo Cristo que acabamos de bendecir.

Saludos al señor presidente de la Confraternidad de Hermandades de la Vera Cruz, a los hermanos mayores, a sus juntas de gobierno, a los miembros de la parroquia de San Juan Pablo II presentes entre nosotros y a todos vosotros queridos hermanos y hermanas que participáis con gozo y con fervor en esta eucaristía.

La eucaristía, bien lo sabéis, es el lugar propio de la Iglesia y su quehacer principalísimo por todo el orbe de la tierra y es también el lugar natural y el quehacer principal de cada comunidad y de cada cristiano.

El Señor nos ha convocado esta mañana en esta Catedral a la que os doy la bienvenida a todos para compartir con nosotros la mesa de su pan y de su palabra, en la clausura de los actos del cincuentenario de la Confraternidad de la Vera Cruz, en ella damos gracias a Dios, autor de todo bien, por los muchos dones que a través de su Espíritu ha derramado sobre vosotros en este período tan dilatado.

Celebramos la misa motiva de la Exaltación de la Santa Cruz, hace unos instantes ha resonado en esta asamblea unas palabras del Salmo 77 con la que hemos respondido a la Palabra de Dios de la primera lectura, "No olvidéis las acciones del Señor".

Con estas palabras el Pueblo de Israel alaba y reconoce la fidelidad de Dios a largo de su historia, la tutela del todo especial que Dios ha ejercido sobre el pueblo, sacándolo de Egipto y conduciéndolo con su poder salvador del que es símbolo la serpiente de bronce, hacia la tierra prometida.

Pero el verdadero signo de la fidelidad de Dios y de su poder salvador, el signo más elocuente del amor de Dios por la humanidad es la cruz de Cristo, que es para todos nosotros fuente de vida eterna. Por ello en esta eucaristía con el Salmo 77 alabamos cantamos y reconocemos la fidelidad de Dios que nos envía a su hijo crucificado para la salvación del mundo.

Él, como nos ha dicho San Pablo en la segunda lectura, a pesar de su condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios, al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos, y así actuando como un hombre cualquiera se rebajó hasta someterse a la muerte y una muerte de cruz.

En esta mañana, queridos hermanos y hermanas, con infinita gratitud, adoramos, reverenciamos y bendecimos la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, en ella se manifestó el amor extremo con que Dios amó a su hijo y ama a los hombres. Jesucristo nos declaró su amor con el lenguaje de la cruz, que es el lenguaje y la medida de nuestro amor y de nuestra entrega a Dios y a nuestros hermanos.

En esta mañana queridos hermanos y hermanas, los invito a fijar vuestra vista en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, entre las grandes religiones de la humanidad no hay otro signo, otro símbolo más universal, más frecuente y repetido, pintado, esculpido, venerado y adorado, lo han pintado hasta pintores agnósticos y ateos, pocos artistas han vencido la tentación de llevarlo a sus lienzos y esculturas, fascinados por la fuerza sobrehumana del rostro de Cristo, muerto o agonizante, y por el dolor inaudito de su cuerpo destrozado.

En la historia del arte español hay dos representaciones del Cristo crucificado, que siendo distintas son complementarias. Las primeras son los cristos del barroco, numerosos y bellos en nuestra Andalucía, los cristos del barroco cuelgan pesadamente de la cruz, con la cabeza colgada de espinas, hundida sobre el pecho, sus labios están abiertos, exangües y sin vida, su costado y su corazón han sido destrozados por la lanza del soldado. Sus dedos aparecen compulsivamente estirados y reformados y los pies atravesados por un enorme clavo.

El Cristo real del Gólgota debió parecerse mucho a esos cristos dolientes, lacerados y ensangrentados de la Semana Santa Andaluza.

25 años después de la Muerte y de la Pasión del Señor, San Pablo escribirá que la Cruz de Cristo es escándalo para los judíos y necesidad para los griegos, pero para nosotros es fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

Esta mañana hermanos y hermanas, la verdadera sabiduría consiste en descubrir las razones últimas, las motivaciones profundas del drama del calvario y de la Pasión y Muerte del Señor, en su raíz está el amor de Dios que no se contenta en acercarse a nosotros de mil maneras a lo largo del Antiguo Testamento, sino que en la plenitud de los tiempos envía a su Hijo al mundo para redimir al hombre alejado de Dios por el pecado.

Movido por el Espíritu Santo, Jesús se ofrece voluntariamente al Padre en sacrificio para satisfacer por los pecados de todos los hombres de todos los tiempos. La raíz de la epopeya del Calvario está puesta en relieve sobre todo la realidad terrible del pecado que tiene nombres y apellidos. Mis pecados, vuestros pecados, hermanos y hermanas que me escucháis, los pecados de todas las generaciones que nos han precedido y las de todas aquellos que nos sucederán.

Todos ellos constituyen la historia más negra, más sórdida de la humanidad. Ellos y nosotros somos los autores y los cómplices del drama del Calvario. Por ello la celebración de esta eucaristía en honor de la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo nos recuerda la triste realidad del pecado que existe,

aunque sea ignorado o negado por un mundo como el nuestro que ha perdido la conciencia del pecado.

La cruz de Cristo nos recuerda además que, con la gracia, nuestra primera obligación en este mundo es aspirar a la fidelidad, a la santidad y luchar contra el pecado que es siempre una ofensa a Dios, un rechazo de su sangre redentora, un gesto de rebeldía, un rechazo de su amor de padre. Al mismo tiempo, el pecado es algo que nos denigra, que nos envilece, que nos hace perder la libertad porque nos encadena, es además un gesto anti eclesial, puesto que disminuye el nivel de calidad y de gracia que existe en el seno del cuerpo místico de Nuestro Señor Jesucristo haciéndonos reos de los pecados ajenos.

Pero el Cristo ensangrentado del barroco andaluz no es la única representación posible del drama del Calvario, el Cristo real del Gólgota debió parecerse también a los cristos del románico, tan bellos como numerosos en la meseta de Castilla. Os invito a contemplarlos mentalmente, comprobaréis que en su cabeza les falta la corona de espinas, en su lugar figura una corona real, en su rostro no hay atisbos de dolor ni de sufrimientos, es el rostro sereno y majestuoso de quien muriendo es exaltado como Rey en el árbol de la Cruz.

Hace unos momentos hemos escuchado unos fragmentos del Evangelio de San Juan, que nos da una clave para interpretar la Cruz redentora de Cristo. Son las palabras que Jesús pronuncia en su diálogo con Nicodemo, lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser exaltado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en Él tenga vida eterna.

Desde esta perspectiva, desde la perspectiva de San Juan, la cruz, la Pasión y la Muerte de Cristo no es un fracaso final, sino justamente su exaltación y glorificación. En la cruz Cristo se nos revela tal cual es, el hijo de Dios, el Rey soberano que reina desde el madero. Su rostro sereno y dulce es toda una promesa de esperanza, porque la última palabra de Dios en la vida de Jesús no es una palabra de muerte sino de resurrección y de vida, la vida que el Padre le devolverá al tercer día, constituyéndole como Rey y Señor de la historia humana y de la historia de la Salvación.

Por eso, esta mañana, a los pies del Cristo que reina desde el árbol de la Cruz, todos nosotros estamos llamados a abrir de par en par las puertas de nuestro corazón para acogerlo, para acoger al Señor como Rey, para que sea en nuestra vida, nuestro único Señor. Ante el Rey soberano que entrega libremente su vida por la salvación del mundo, entreguémosle nuestra vida para que Él la llene y plenifique, para que Él la recree y convierta, para que Él la posea y oriente y la haga fecunda al servicio de la Iglesia, al servicio de su Reino, al servicio de nuestros hermanos.

Y junto a la cruz del Señor, nos dice San Juan, estaba su madre, que ha permanecido valientemente hasta el final, está de pie, aceptando el dolor y la muerte de su hijo, ofreciéndolo al padre, como corredentora de toda la humanidad. Allí la recibimos porque nos es entregada como madre y desde entonces es medianera de todas las gracias necesarias para nuestra salvación,

para nuestra fidelidad y nuestra santificación, desde entonces es abogada nuestra, auxiliadora de los cristianos y socorro y consuelo de cada uno de nosotros.

Esta mañana queridos hermanos y hermanas, acudimos a ella y la invocamos, le pedimos por los miembros de vuestra confraternidad, para que seáis siempre fieles a vuestra vocación cristiana y cofrade.

Yo pido por todos vosotros cofrades para que seáis cristianos de calidad, cristianos notables, hombres y mujeres creyentes que tienen fe, que aman a Jesucristo, que aman a la Virgen, que aman a la Iglesia, hombres y mujeres orantes y conscientes de que la oración es lo que regenera nuestra vida cristiana, hombres y mujeres que participan cada domingo en la eucaristía, ¿qué menos se puede pedir a un cofrade, miembro de una asociación pública de fieles elegida y aprobada por la Iglesia?

Hombres y mujeres que se confiesan y comulgan con frecuencia, son medios imprescindibles para vivir en gracia de Dios, hombres y mujeres con corazón de apóstol, dispuestos siempre a anunciar a Jesucristo a sus hermanos, como la última fuente de sentido y de esperanza para nuestra vida, hombres y mujeres que, en su vida privada, en su vida familiar, en su vida profesional, en su trabajo, en sus relaciones económicas hacen honor a la fe que dicen confesar, y también a su condición de cofrade. Por todos nosotros ofrezco al Señor esta mañana esta eucaristía, os encomiendo, especialmente a la santísima Virgen, guíanos a todos, a todos los miembros de la Confraternidad de la Vera Cruz, guíanos a todos a amar, seguir, adorar y servir a Jesús, fruto bendito de tu vientre, oh clementísima, oh piadosa, oh dulce siempre Virgen María.

Amén.